

El Azar

Estaba sentada frente al mar con esa placidez que da su sonido, bañada por el sol y salpicada de arena que el viento arrastraba. Pensaba en la juventud tan lejana y añorada, volver a aquellos años en que todo era deseado con impulsos de sangre y vida. Pasaba la gente mirando a esta viejecilla de pelo blanco. No sabían por dónde transitaban mis pensamientos, que hablaban de tiempos pasados.

Recordé aquello de una zarzuela que cantaba mi abuela con voz cascada de la viejecita que iba al sarao a recordar la juventud pasada de tiempos alegres. En estos pensamientos estaba cuando llegó un setentón, me saluda muy amable tocándose el sombrero, se sienta a mi lado. (*Pienso: ¡no puedo estar tan vieja!*), y me dice muy resuelto: Vengo dando un paseo mirando su pelo tan bonito, y ahora puedo decir que hace juego con la belleza de sus ojos. Vaya sorpresa, parece que aún funcionan las feromonas, ¡y para mí que todo era pasado!

Desde luego no se me ocurrió pararle el carro con algo así como “Soy casada”, me hizo gracia así que seguí por ese camino, y con la sabiduría que dan los años también le sonreí, la verdad es que sintiéndome halagada. Ni siquiera me quité la mascarilla para qué iba a lucir las arrugas que surcan mi boca!

Comenzamos una conversación sin importancia, trivial, el sol, el clima, el mar... Debía estar tan solo y aburrido como yo y como en el comer y el rascar todo es empezar, nos dimos un buen paseo como si fuésemos amigos, al más puro estilo del siglo XIX, coqueteando y haciendo más llevadero el paso de los

años, olvidando por un rato el peso de la vejez, con esa sencillez de un encuentro casual, no buscado y aceptado con gusto.

Llegando a la puerta del hotel donde me alojaba, me despedí sintiendo no vivir sentada frente al mar, bañada de sol y salpicada de arena arrastrada por el viento.